

Eugenia Sánchez Nieto

Tumulto de voces

Las puertas abiertas, el viento mece la cortina,
el sonido insistente de una ambulancia
delata la posible muerte,
un hombre joven pierde el sentido,
rueda por las escaleras aferrado a sus libros,
el dolor, la soledad, la enfermedad.

Sombras escurridizas se mecen,
los ojos, las bocas abiertas,
una puerta produce un sonido seco,
nadie llega, pero hay un tumulto de voces,
en el suelo, el hombre inconsciente
incisivas miradas se pegan a su piel,
las manos se agitan produciendo calor, agotamiento.

Ese hombre solo, enfermo, con su ojo herido llora,
posee una fortaleza que no lo abandona,
portones, calles, ventanas de madera,
miradas escondidas en la penumbra de las luces,
seres silenciosos se pasean por las calles,
la noche sobre la noche.

Dominios cruzados

Las furias no pueden seguir avasallando,
el viento trae lágrimas de dolor,
los cuerpos son saqueados,
el aire huele a plomo,
los caballos huyen de jinetes bestiales.

Un niño sonríe frente a rostros vaciados de odio,
la fiebre de poder atrapa, pisotea, asesina
con máscara de amor, oscurece, silencia al amigo,
murmullos, sombras, sigilo, la noche sin sueño,
mal nacidos con ganas de muerte.

El silencio recobra el orden,
la extraña voz de los sin voz
más allá de la muerte, la vida recurrente, hermosa,
el deseo contra el tumulto de miedo,
la vida contra las furias, un día donde la noche duerma.



Extravío

I-

En líneas de anhelo aquel cuerpo se desprendía
bajo la mirada complaciente
de los que se deleitan en el poder
confinada a labores indeseables
soporta en aparente paciencia un murmullo ensordecedor
en blancos laberintos
aquellos ojos dudan, se agotan, reinventan.

Escamoteando el llanto, en su andar el extravío
su rostro encenagado recuerda el desamparo
avanza sin andar
descubre palmo a palmo su adentro
su memoria perdida en un salón sin espejos
sonámbula en su abandono
instiga, persiste se adentra.

II

Fustigada por la prisión,
 la hija incierta almacena rabia y llanto,
 seres pudorosos se presentan a sus ojos,
 sonámbula en su sueño,
 descubre la soledad de su cuerpo
 habitado por el tedio,
 una obsesión perfila su figura,
 la evasión irrefrenable.

Azotada por el pánico,
 se ahoga en lo profundo de la noche,
 tratando de adentrarse hasta llegar
 a su herida,
 esa fuga interminable.



Baldío

Todos los rostros se vuelven el mismo,
 nos creemos únicos.
 Las escaleras subidas las escaleras perdidas,
 los únicos no existen
 condenados a la soledad, los que intentan saltar el redil,
 voces atormentadas son silenciadas por el ruido.

El miedo se mueve a través de los años,
 el dolor se transforma, se cansa,
 el odio perplejo ante tanto odio.
 Todo tiene un ritmo a pesar nuestro,
 el ritmo de un siglo a punto de morir

Creímos en la inteligencia,
 la barbarie nos gusta, nos goza, nos posee
 todos los rostros se vuelven el mismo
 el siglo del ruido
 del joven desgonzado creyendo ganar.

Verde

El día y la noche son un canto alegre en mi oído,
la ciudad con sus múltiples verdes acostados al sol,
hombres y mujeres de mi ciudad con búsquedas particulares,
la mujer con su voz negra,
mi entusiasmo abierto a los demás,
el silbido del adolescente en búsqueda del amor,
el canto ceremonioso y contundente de fuertes voces me hace temblar de emoción,
el cielo azul y este clima espléndido,
ciudad abierta a todos
con sus cometas de múltiples colores.

Me deslizo por caminos abiertos donde sombras palpitantes escudriñan,
la luna ilumina la noche,
jóvenes despiertos se mecen en el baile,
la música telón de fondo apaga las voces estridentes,
ebrios son jalados por indeseables,
mujeres desprovistas de pudor se pasean por calles colmadas de gente,
parejas abrazadas a su momento palpitan locamente,
el amor iluminado un instante.

Todo se agita, todo se mueve y desvanece en el aire,
la noche prestada para abandonos sublimes,
por paredes de la noche suben hombres musculosos,
la noche se ilumina con destellos de fuegos artificiales,
desde diversos lugares, voces contundentes nos llaman, nos cantan,
toda la diversidad y las lenguas del mundo,
todo es leve y sin peso,
mi ciudad anhelada desprovista de miedo.

Levedad

¿A dónde va ese coro?
Aquellos danzantes del alba.
Alguien rodea mi cuerpo, aplasta mi entusiasmo,
un disparo promesa de levedad.

Sola agonizante sin remedio,
el ángel llega a tu puerta,
la alucinación violeta,
el enfermo suelta sus amarras
una lágrima borra el ojo,
la señal del adiós,
la música, la única presente
y estas ganas de cruzar la frontera.